

Ostenda tu poder el bosque umbrío,  
Y ora dulces, ya graves,  
Te aclaman la floresta, el aura, el río,  
Los insectos, las fieras y las aves.

Al coro universal, fieles, juntemos  
Nuestro sentido canto,  
Y con profunda gratitud clamemos :  
• ¡Gloria, gloria al Creador, tres veces santo!

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

### AL DESPERTAR.

Cuando aún diciendo la postrer plegaria  
que en mis convulsos labios cortó el sueño,  
con la primera lágrima en los ojos  
contra mi voluntad, yo me despierto;  
cual si esperase mi primer mirada  
y recogiese mi primer aliento,  
hallo enfrente de mí, la cruz humilde  
duice memoria de mejores tiempos :  
hallo una cruz pequeña y enlutada  
que de mi madre protegiera el lecho,  
la que guarda tal vez para mi sola  
su mirada de amor, su último beso.  
Pobre y querida cruz, á cuya visia  
con más amor la redencion venero  
y pienso más en Dios, que en lo más grande

me hace siempre pensar lo más pequeño.  
La tumba abrióse ya de mi alegría  
y en ella va á llorar mi pensamiento.  
La patria de mi amor está desierta,  
pero poblada está con mi recuerdos.  
¡Oh! qué grato es dormir, pasar las horas  
sin ansias, sin temores, sin deseos,  
en un sueño tenáz, sordo, profundo,  
sin placer ni dolor, como el eterno.  
Con cuánta languidez siento que lanza  
mi inteligencia el último reflejo  
á punto de dormirme, y como entonce.  
en Dios, en la virtud, en el bien pienso,  
Mas la calma del sueño se deshace  
y otra vez á vivir con pena vuelvo :  
mis ojos que no ven seres que amaron  
otra vez á la luz se hallan abiertos.  
Cruz santa que serviste á mis mayores  
de fiel custodia y de sagrado templo,  
yo miro que te halaga y te rodea  
un rayo de la luz que va naciendo  
y que algo escribe en tí con formas vagas,  
algo que entiendo al fin, algo que es esto :  
dichoso aquel que aunque su cruz le pese  
no se llama su cruz remordimiento.

CONCEPCION DE ESTEVARENA.

EL DIA DEL SEÑOR.

El que coma este pan vivirá eternamente.

(Evangelio de san Juan.)

Arda el incienso en pebeteros de oro,  
El órgano sonoro  
Inunde el templo santo de armonía;  
De blanca cera luces á millares  
Brillen en los altares :  
Las calles y las plazas  
Adórnense con púrpura y con flores :  
Muestre el sol sus más bellos resplandores,  
Cúbranse cielo y tierra de alegría;  
Que hoy sale del santuario  
Donde por nuestro amor vive en la tierra  
En el recinto estrecho del Sagrario,  
Entre místicos velos escondido,  
Porque no nos deslumbran sus fulgores,  
El excelso Señor de los Señores ;  
Cuyo trono en los orbes tiene asiento,  
El que anima los mundos con su aliento.

Venid, niñas hermosas,  
Conronada de flores la alba frente :  
Venid, puras doncellas,  
Gozosa el alma, el labio sonriente.

Venid, castas esposas  
Trayendo en vuestros brazos, amorosas,  
Vuestros hijos, cual muestran sus capullos  
En el tallo gentil las frescas rosas ;  
Venid á saludar al Dios clemente,  
Al más hermoso amor de los amores,  
Al que es de cielo y tierra Omnipotente ;  
Que entre místicos velos vá escondido  
Porque no nos deslumbran sus fulgores.

Acuda el tierno niño, el varon grave,  
El imberbe mancebo ;  
Y si el alma turbada  
No llega á penetrar ni explicar sabe  
El misterio que tiene ante sus ojos,  
Postrándose de hinojos  
Reconozca que el hombre es polvo, nada.  
Los misterios de Dios Omnipotente  
En su infinita inexplicable altura,  
Aunque soberbia alguna vez lo intente  
Jamás podrá alcanzar la criatura.

« De aquí no pasareis : » dijo á los mares,  
Y en vano con su ciencia  
El hombre intentará romper los diques  
Que al mar tragó de Dios la omnipotencia.  
Así cual puso dique al mar potente  
Límites dió á la humana inteligencia.

El sol que dá á los mundos luz y vida,  
La luna y las estrellas,

Celestes luminares  
Que brillan á millares  
En el espacio inmenso de los cielos,  
Misterios son, sublime maravilla  
Que sólo Dios tan bella formar pudo,  
Ante cuya grandeza  
Se admira el hombre rudo  
Y el sábio de su ciencia envejecido  
Enmudece y se humilla,  
E inclina la cabeza  
Diciendo con acento dolorido :  
Toda una vida en estudiar gastada  
Para saber al fin, que no sé nada !...

Más que el sabio, dichosa  
El alma venturosa  
Que tiene fé, y espera  
Dice humilde : « ¡ Señor, yo no te veo ;  
Mas la tierra y los mares  
Y esos esplendorosos luminares  
Que en la celeste esfera  
Brillan hermosos veo,  
Libros son en que está tu gloria escrita ;  
Yo los miro y los leo,  
Otras pruebas mi fé no necesita :  
¡ Te bendigo, Señor, tu nombre creo ! »

Como el sol que se oculta entre las nubes,  
En el sagrado templo  
En estrecho recinto,  
Oculto, Jesus mio, te contemplo ;

Mas aunque allí te escondes,  
Al alma que te busca fervorosa  
Como padre amoroso la respondes,  
Si la vista mortal no puede verte,  
Puede el alma elevarse á contemplarte ;  
Que tu bondad inmensa en ella vierte  
Al conocer su anhelo  
Tan clara luz, que al fin logra mirarte,  
Gozando en este suelo  
La dicha de los justos en el cielo.

En el sagrado cáliz  
El bálsamo se encierra prodigioso  
Que las profundas llagas cicatriza  
Del corazon herido :  
Allí el maná sabroso  
La cristalina y abundosa fuente  
Donde el alma doliente  
Que vá por este mundo peregrina  
Con hambre y sed de un bien desconocido,  
Bien que no puede hallar más le adivina,  
Allí todo su anhelo halla cumplido.

La belleza de Dios incomparable  
El alma vé, y se anega  
En un mar de delicias inefable.  
Ama, y en este amor goza y se abisma  
Olvidada del mundo y de si misma.  
A expresar su ventura  
Nunca la humana lengua se atreviera  
Que fuera para hacerlo pobre y dura.

Sólo un ángel pudiera  
En divinos conceptos  
De inefable dulzura,  
En el cielo aprendidos,  
Expresar estos goces bendecidos.

¡Oh mi dulce Jesús! ¡Padre amoroso!  
El que no logra hallarte  
Es qué tal vez soberbio y orgulloso,  
No pretendió buscarte;  
Que si amante y humilde te buscara  
¡Oh mi dulce Jesús, él te encontrará!

Venid, niñas hermosas,  
Venid, puras doncellas,  
Y vosotras también, castas esposas,  
Trayendo en vuestros brazos amorosos  
Vuestros hijos, cual muestran sus capullos  
En el tallo gentil las frescas rosas.  
Venid con alma pura  
A saludar al celestial Esposo  
Que nos dice piadoso :  
• Yo soy camino de verdad y vida ;  
El alma que me sigue fervorosa  
Nunca en tinieblas se verá perdida.  
Con un manjar divino  
Amante nos convida :  
Gustando el alma este manjar precioso  
Gozará eterna vida.

¡Ya asoma del gran día la alborada!...

Brille el sol más que nunca esplendoroso :  
Venid, cual tierna esposa enamorada,  
Coronada de flores,  
A saludar al celestial Esposo,  
El alma de virtudes adornada,  
Cantando mil loores  
Al más hermoso amor de los amores.

JOSEFA ESTEVEZ DE G. DEL CANTO.

### MEDITACION.

En el solitario monte  
de la noche en el misterio,  
sentada en la dura roca  
que presta descanso al cuerpo,  
leve apoyo en la rodilla  
hallando el brazo derecho,  
y la cansada cabeza  
sobre la mano cayendo,  
siento agitarse en mi alma  
un mundo de sentimiento  
que crece, que alienta y vive,  
y que hace soñar despierto.

A mis piés gigantes árboles,  
con suave movimiento,  
se agitan cual mar tranquila  
que arrulla mis gratos sueños.

Ténes cual la luz del alba  
y velados por el tiempo,  
pasar veo ante mis ojos  
de mi vida los recuerdos,  
imágenes que sorien  
y se van desvaneciendo,  
sin que llegue á turbar una  
de mi conciencia el sosiego.

Lejanos se oyen del mundo  
vagos, misteriosos ecos,  
que á mí llegan confundidos  
cual tristísimo concierto  
de suspiros y canciones,  
de risa y de llanto á un tiempo.

Mi espíritu vaga errante  
cual desamparado ciego,  
quiere recobrar su vista  
y entre sombras vuela incierto,  
ya gira triste en la tierra,  
ya se alza amante hasta el cielo;  
y ni el cielo ni la tierra  
calman su constante anhelo,  
que para la tierra es grande  
y para el cielo... es pequeño.

BLANCA DE GASSÓ Y ORTIZ

LA POESÍA,

La poesía es árbol  
que llena el mundo;  
su flor inútil la deshoja el tiempo,  
y eternos son sus provechosos frutos.

BLANCA DE GASSÓ Y ORTIZ.

NUESTROS NOMBRES.

En una tarde de esto  
nuestros nombres escribí  
en la arena junto al río,  
tu estabas al lado mio,  
yo siempre cerca de tí.

Esos nombres que has trazado,  
dijiste, recordarán  
el amor que hemos jurado;  
cual ahí los has grabado  
en nuestras almas están.

Alzó la frente serena  
y en tu brazo reclinada  
dejé aquél sitio sin pena,  
no pensando que es la arena  
por el viento arrebatada.

Volvi en la tarde siguiente  
nuestros nombres á buscar,  
uno encontré solamente,  
el otro fué en la corriente  
; sabe Dios dónde á parar !

El nombre que se borró  
por agua y viento deshecho  
era el mio, el que quedó  
el tuyo, que se grabó  
más que en la arena en mi pecho.

Despues el agua inclemente  
borrar tu nombre intentó,  
y al ver mi dolor ferviente  
variando su corriente  
compasiva se alejó.

Hoy al mirarte pasar

indiferente á mi lado,  
te quisiera preguntar,  
cómo has podido borrar  
el amor que me has jurado.

Tras la perdida ilusion  
reina en mi alma la pena,  
llanto vierte el corazon  
viendo que fué tu pasion  
como mi nombre en la arena.

GRACIELLA.

### EL INVIERNO DE LA VIDA.

A CELESTINA.

; Cuando te ví era ayer !.. La primavera  
Vestía de esmeraldas  
Y olorosas guirnaldas  
El escarpado monte y la pradera,  
Y amor con eco blando  
Iban aves y fuentes murmurando.  
Hoy, segada la mies, en campos de oro  
Trocáronse los prados,  
Los frutos regalados ;  
Penden del árbol, y el alegre coro,  
Que amor cantaba un dia,

Tan solo atiende á su naciente eria.

Mañana !... Oh dulce amiga, ese mañana  
Que tan bello se muestra,  
Al que entra en la palestra  
Coronada la sien de flor temprana,  
Parece hórrido y frio

Ai pisar los linderos del estío.

¡ Mañana ni una flor habrá en los prados !  
¡ Ni una yerba aromosa  
Se ostentará orgullosa  
En los montes de nieves coronados,  
Do insectos y avecillas  
No cantarán de Dios las maravillas!

¡ Nieveo do quier ! Do quier escarcha y nieve !  
Pálido sol persiste  
En reavivar al triste  
Arbol, que el cierzo sin cesar conmueve,  
Mas ; ay ! que hoja por hoja  
De su espléndido manto le despoja.

¡ Silencio y soledad !... Pájaro errante  
Cruza con vuelo incierto  
Por el confin desierto,  
O á lo léjos, anciano vacilante  
Se vé, que tardo hacina  
Las secas ramas que al hogar destina.

¡ Hé aquí el invierno lugubre y sombrío !  
Hé aquí el triste mañana,  
Que á primavera ufana  
Sigue por dura ley... ¡ Y cuál, Dios mio,  
Cuál será, pues, el nuestro  
Limitado por túmulo siniestro ?

Mas ; cómo hermana ? Su semilla esconde  
Bajo la nieve el trigo,  
El árbol busca abrigo  
A su raiz, y el insectillo donde  
Su crisálida hermosa  
Ocultar á la muerte desastrosa.

Y sólo el hombre, él sólo en podredumbre  
Quiere trocarse aleve ?...  
¡ Oh quien ! ; oh quién se atreve  
A derribarle así de la alta cumbre  
Do al precio de sí mismo,  
Plugo elevarlo al Dios del cristianismo ! Y

¿ No lo crees, verdad ? No, no : Quien siente  
Esta ardorosa llama  
Que el corazon le inflama,  
Que eleva al cielo su tranquilamente,  
Sabe que huesa inmunda  
Es quien su germen celestial fecunda.

Sí, sí : lo sé... ¡ lo siento !... Me lo dice  
Este afanar tan loco  
Que el mundo tiene en poco,  
Este gemir del ánima infelice,  
Este amor cuyo centro  
Busco por todo el orbe y no le encuentro.

Mas ¡ al volver la mística paloma  
Al arca sacrosanta,  
Con su pico levanta  
Ramo de oliva que entre el musgo asoma.

¿ Y el alma por tributo  
No llevar á su Dios preciado fruto ?  
Tú más feliz que yo... tú, dulce hermana,

Al regreso dichoso,  
Dirás al juez piadoso :  
• Hubo en la tierra un hombre á quien ufana  
Consagré mi fé pura  
Amándole con fervida ternura

Le hice feliz, señor : velé su sueño,  
Mitigué sus dolores :  
Con bálsamo de amores  
Conjuré de la suerte el torvo ceño :  
; Mira mi copa hermosa !  
Cual hasta el borde con su bien rebosa !

Y sonarán mil cantos de alegría  
En la mansion serena :  
Que esto Dios nos ordena :  
Amar sin tregua ; amar, hermana mia,  
Cual los querubés aman  
Que en el foco eterno de amor se inflaman :

Dichosa tú... ; dichosa !... Mas mi pecho,  
Hermana, tú lo sabes  
Que de él tienes las llaves,  
Jamás á tierna compasión fué estrecho  
Y al lloroso, al doliente,  
A Dios y á la creación amó ferviente.

¿ Qué importa, pues, que airado el cierzo  
Venga el invierno umbrío [ruja ?  
Con su hórrido atavío  
Que negra sombra en el confín dibuja ;  
Venga en buen hora ufano  
Y esgrima su segur con férrea mano.

Que si él de platá mi cabello engasta,  
Para venecer su hilo

Fuego me ha dado el cielo  
Y con el fuego de mi amor me basta ;  
; Que á su luz portentosa  
La caduca vejez parece hermosa !

Buscando del amor las flores bellas  
Crucemos el desierto ;  
La muerte es dulce puerto,  
Porque tras esas fúlgidas estrellas  
Que el espacio iluminan,  
Hay primaveras que jamás terminan.

ANGELA GRASSI.

### SUEÑOS.

#### EN MI HUERTO.

Cuando en la tarde callada,  
Amengua el sol sus fulgores,  
Y la brisa perfumada,  
Jugueteando en la enramada,  
Balancea hojas y flores.

Mirar como muere el día  
Me place, en tranquila calma,  
Y escuchar la poesía  
De esa sentida armonía  
Que habla, sin voces, al alma,

Allí en la sombra escondida,  
Como Pablo, de una higuera,  
Prestándoles forma y vida,  
Cruzan mi mente abatida  
Una tras otras quimera.

Mirando místias caer  
Las flores de los rosales,  
Que el alba viera nacer,  
Y que mueren para ser  
A mis venturas iguales.  
Tanto irrealizable sueño

Forja mi cabeza loca  
Que juzga que es en su empeño,  
Para ellos la tierra poca,  
Y hasta el espacio pequeño.

Sueños que en rápido vuelo  
Huyen, cual leve vapor,  
Y que comparo en mi anhelo  
A esas nubes sin color  
Que, á veces, cruzan el cielo,

Y mirando, sin ver nada,  
Vaga mi errante mirada...  
Y del ameno vergel  
Se detiene, fatigada,  
En un frondoso laurel.

De forma, entónces, se viste  
Esa quimera ilusoria  
Que forjara mi alma triste;  
Era... un algo que no existe...  
Y ya es un sueño de gloria.  
De laurel es la corona,

Pienso, que el saber abona,  
Ella la victoria aclama  
Del génio, mientras la fama  
Por el mundo la pregona.

¡Cuán bello será alcanzar  
Ese lauro apetecido,  
Y tras de breve luchar,  
La batalla recordar,  
Ya sin temor al olvido!

Mas ¿qué importa que reñida  
Sea esa lucha? ¡Tambien!  
El premio á luchar convida!  
No dudes... ya el miedo olvida...  
¡Busca uno para tu sien!

Grita, en loco frenesi,  
Acallando la razon,  
Mi alma; y en tal confusion  
Sé alza otra voz; ay de mí!  
Salida del corazon.

« Sólo—dice—en torno ves  
Esa quimera á que aspiras,  
¡Oh! ¿tan ciego tu afán es  
Que, junto al laurel no miras  
Fúnebre alzarse un ciprés?

« El te dice, en mudo acento,  
Cual la gloria se derrumba,  
Fulgor que dura un momento...  
¡Vá tras ella el pensamiento  
Y antes encuentra la tumba!

« Cese la loca porfia  
De tu enferma fantasía,

Sigue tu oculto camino,  
; Sea la humildad tu guía  
Porque humilde es tu destino ! .

Del corazón á este ruego  
Cede el alma; mas como arde  
En ella, voraz el fuego  
De la ambición, calla, y luego  
Va murmurando ; cobarde !  
; Que importa que, en triste suerte,  
Yendo de la gloria en pos,  
Se encuentre al paso la muerte ?  
; Si el hombre su afán no advierte  
Lo escribe en el cielo, Dios !

Sigue, sigue pensamiento,  
Que si es la vida un momento,  
Que si un soplo la derrumba,  
; Bendito sea el tormento  
Que dá un laurel á la tumba !  
. . . . .  
. . . . .

Y al cerrar la flor su broche,  
Que al primer albor incierto  
De la mañana hube abierto,  
Envuelve en sombras la noche  
Los árboles de mi huerto.  
Y desaparece aquel sueño  
Que hallaba la tierra poca...  
. . . . .  
. . . . .  
! Y en vano, en unir me empeño

Un corazón tan pequeño,  
Y una cabeza tan loca !...

SUSANA LACASA.

MARIA INMACULADA.

Angel de la pureza, de tu aliento  
Manda un suspiro á mi profano labio.  
Génio de la armonía, á quien acento  
Dá el sumo Dios omnipotente y sabio ;  
Tú, que á los piés de su divino asiento  
Su nombre cantas sin hacerle agravio ;  
Tú que prestas su dulce melodía  
Al ave errante que saluda al día.  
Tú, que del mar sobre las turbias ondas  
Los anchos senos con tu voz halagas  
Y de la selva en las espesas frondas  
De auras y vientos el suspiro apagas :  
Tú, que entre nubes de celestes blondas  
Los aires cruzas y en el éter vagas ;  
Dame tu voz purísima y sencilla  
Y cantaré á la Virgen sin mancilla.  
Que es tanta y tanta la inmortal pureza,  
De su nombre divino y soberano,  
Que al adorar el cielo su grandeza  
Del poder de su Dios mide el arcano ;  
Decir no puede su sin par belleza

En su pobre lenguaje el lábio humano;  
Que cielo y tierra ante sus piés postrada  
La aclaman sin cesar; Inmaculada!

Y así la llaman en la zona ardiente  
Do el sol sin nubes poderoso brilla;  
Y así la aclaman con piedad ferviente  
Del hondo mar en la apartada orilla;  
Al eco de su nombre omnipotente  
Dobra el hombre asombrado la rodilla  
Del Africa abrasada en las regiones,  
Al salvaje rugir de los leones,  
Y en los extensos bosques de Oceanía,  
Do lanza el sol su rayo postrimero  
*Salve*, gritan doquier, *Salve, María*,  
Respondiendo á la voz del misionero  
Y al despuntar en el Oriente el día,  
Y cuando brilla trémulo el lucero,  
De Thimor el salvaje, su plegaria  
Alza en la virgen selva solitaria.

Y del Asia magnífica en los lares,  
Que dulce el ámbar sin cesar perfuma,  
La invocan entre plácidos cantares,  
Que lleva el viento en la perdida bruma  
Y si al soplo de Dios hierven los mares  
Alzando montes de agitada espuma,  
El náufrago repite en su agonía,  
El purísimo nombre de María.

Y los que habitan junto al ancho Niloy  
Y los que al mar de Singapoór navegan,  
Y los que al sueño plácido y tranquilo  
Entre serpientes sin temor se entregan,

Y los que tienen su ignorado asilo  
Donde los rayos de la luz no llegan;  
Y los que exponen sin temblar su vida,  
Acechando al leopardo en su guarida;  
Todos la invocan con ferviente anhelo  
Pura y sin culpa manantial de amores,  
Y escribe Dios su nombre sobre el cielo,  
Del iris en los fúlgidos colores.  
Y el serafin al agitar su vuelo  
Entre nubes de ardientes resplandores,  
De uno al otro hemisferio, con fé santa  
Su eterno nombre y su pureza canta.

¿Y cómo no aclamarla con ternura  
Inmaculada en tierra y mar y viento,  
Si el Dios cuya palabra augusta y pura  
Del caos evocara al firmamento  
Y sobre el ancho caos le asegura  
Con el poder de su divino acento,  
Quiso probar en sér tan peregrino  
La inmensidad de su poder divino?

Y la dotó de gracias singulares;  
Cifró en ella su encanto y su alegría;  
Que escogida y bendita entre millares  
Un Dios iba á decirle; Madre mia!  
Y la hizo estrella de los anchos mares,  
Luz de su luz, aurora de su día,  
Y de su amor en el inmenso abismo  
Formarla quiso de su aliento mismo.

Y al dirigir sus ojos inmortales  
Sobre la augusta emperatriz del cielo,  
Creada en sus decretos eternos

Libre de culpa y de mundano duelo,  
Dijo en su amor: « Los coros celestiales  
Reina te aclamen con ferviente anhelo;  
Y pues cielos y mundos hermoſeas,  
En cielo y mundo bendecida seas,  
La sin igual pureza de tu frente  
Irradie sólo en la celeste altura,  
Como del rojo sol la llama ardiente  
Sola en los cielos su esplendor fulgura;  
Y el serafín que adora reverente  
La augusta plenitud de mi hermosura,  
Y que vela el divino santuario,  
De mi Suprema Trinidad Sagrario.  
Inclinado ante tí do quiera imploré  
Tu inocencia purísima y sagrada,  
Y de rodillas en su amor adóre  
El celestial fulgor de tu mirada;  
Ante tus piés sus dones atesore  
La divina virtud inmaculada,  
Que tuyos todos son, y más te diera,  
Si más tesoros á mi diestra hubiera.  
Y el cielo enmudeció; los serafines  
A tus plantas sus alas desplegaron,  
Y de Salem los místicos jardines  
Sus inarchitadas flores te brindaron,  
Con infinito amor los querubines  
Tu Concepción divina celebraron,  
Y Dios, ¡la inmensidad! de poder lleno,  
Dejó los cielos y bajó á tu seno.  
¡Quién como tú! Los astros y las nubes  
Tu qué adorán y tu nombre santo;

Y en sus himnos de gloria los querubes  
Por tí modulan su celeste canto.  
¡Quién como tú, que hasta los cielos subes  
A darles esplendor, vida y encanto!  
¡Quién como tú! Que en la region del viento  
Es la pira del sol tu régio asiento.  
¡Gloria á María! Su pureza cante  
Cuanto tiene poder, voz y existencia;  
Que aunque el mundo entusiasta y anhelante  
No proclamase su divina esencia,  
Para afirmarla yo fuera bastante  
Mi sólo corazón y mi creencia.  
¡Quíſolo Dios, y fué!; suyo es el día!  
¡Quién como Dios que engrandeció á María!  
Y la alzó con su mano creadora  
Sobre la inmensidad del firmamento:  
Es en la eternidad Reina y Señora;  
La augusta Trinidad le presta asiento;  
Dios, por amor, su excelsitud adora;  
El cielo es su escabel, la luz su aliento;  
Y el Espíritu-Santo con sus alas  
A su dosel eterno presta galas.

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.